

—No he podido verle bien, porque parecía huir de mí; pero no debía ser el jardinero..... Además recuerdo que el jardinero no viene por el lado que se ha ido ese hombre, y no habría dejado tampoco la puerta entreabierta.

—Si ha quedado abierta, vamos á cerrarla—dijo tranquilamente Juana.

Mi hermana estaba en uno de esos momentos en que no se preocupaba para nada de las cosas exteriores, y en que con tanta frecuencia la había ya visto los años precedentes; pero ahora, desde mi estancia allí, no la había vuelto á ver de aquel modo; así es que me impresioné tristemente. ¿Podía yo suponer que Juana tuviese un secreto para mi madre, ó que mi madre me hubiese engañado?

No me atreví á volver á hablar de aquel incidente, y esperé al siguiente día, prometiéndome observar á Juana.

XV.

Al día siguiente, en lugar de bajar al pueblo, me paseé por los alrededores de nuestra casa. No ví á nadie, y oí casi sin interrupción el piano de Juana.

Quedé casi convencido de que había sido un visionario, y ya había olvidado esta aventura, cuando á los ocho días, estando una noche trabajando en mi habitación, me pareció oír ruido. Eran cerca de las doce, y todo el mundo acostumbraba á retirarse á las once. Temí que mi madre estuviese enferma, pues solía padecer ataques nerviosos, y nos lo ocultaba para no asustarnos. Quise sorprenderla para impedir que se encerrase sola, y bajé sin hacer ruido á su cuarto; pero de repente me detuve en el pasillo al oír un ruido de pasos ligeros y de palabras á media voz que partían del salón.

Entonces me dirigí hacia aquel lado. La puerta del salón no estaba cerrada, y por el resquicio que quedaba ví á Juana en los brazos de un hombre que estaba vuelto de espaldas, pero que me pareció por su figura sir Ricardo Brundel. Me repugnaba espiar á mi hermana, y subí precipitadamente á la habitación de mi madre. Ví que había luz; llamé y la encontré vistiéndose.

—¿Sabes—le pregunté—que hay gente en el salón?

—Sí; es una persona á quien no esperábamos esta noche, y que sin duda tiene algo interesante que decirnos.

—Pero esa persona está sola con Juana en el salón. ¿Lo sabías?

—Sí—respondió tranquilamente mi madre,— porque tu hermana se ha vestido antes que yo y ha bajado al salón la primera. Vamos, cálmate, todo esto es muy natural, y ya te lo explicaré más adelante. Vé á tu cuarto, porque tu presencia nos estorbaría.

—¿Tenéis, pues, secretos para mí?

—Ya lo ves.....

—Yo creía que no. Sir Ricardo.....

—¿Qué?

—Es la persona que está ahí.

—Aun cuando fuera él, no quiero que le veas todavía. Haz lo que te mando; vuelve á tu cuarto y duerme, á menos que estés aún celoso de Manuela Pérez y quieras oponerte á su matrimonio.

—Ya sabes lo que pienso en ese particular; pero encuentro muy raro, y permítame que te lo diga, encuentro muy mal que el señor Brundel venga aquí por las noches misteriosamente como un enamorado..... En fin, encuentro intolerable que abraze á Juana como si fuera su hija ó su hermana. ¿Qué significa esta repentina intimidad?

—Mira, mira, déjate de sospechas—dijo mi madre riendo,—y véte pronto á acostar.

Y después de abrazarme con ternura, se fué, dejándome estupefacto.

Me quedé en la alcoba de mi madre con los codos apoyados en la ventana, que tuve que abrir bruscamente para no ahogarme, la cabeza apoyada en las manos y presa de una agitación inconcebible.

¿Qué pasaba por mí? ¿Por qué odiaba en aquel momento á sir Ricardo con toda la fuerza de mi alma? Nunca había estado celoso de Manuela como lo estaba de Juana.

—Es natural—me decía yo;—Juana es mi hermana, es decir, mi honor mismo, y me indigna ver que ese hombre viene á robarme hasta mi propia casa el ideal de pureza á quien tengo el derecho y el deber de defender..... ¡Y á eso llama mi madre un perfecto caballero! Hay que confesar que también se peca por exceso de virtud y candidez. ¿Puede haber nadie, más que mi madre, que crea que ese viejo experimentado abraza á Juana paternalmente, después que ella misma confiesa que ha tenido una juventud borrascosa? ¿Y por qué Juana, tan reservada, echa los brazos al cuello de un extraño, cuando todo lo más tiende su mano á nuestros más antiguos amigos, y cuando yo mismo no me atrevo á posar mis labios sobre su

frente?.... Ya no me cabe duda, Juana estaba con él en el jardín la otra noche.... y hoy, en cuanto ha sabido que estaba ahí, ha bajado la primera y le abrazaba sin testigos. ¿Le ama, pues? ¿Será con ella con quien va á casarse?.... ¿Me engañarán, dejándome para consuelo la problemática fidelidad de Manuela?.... Mi madre exige de mí una ciega confianza; pero yo no puedo consentir que Juana, engañada por su exaltada imaginación ó seducida quizá por el nombre y la fortuna, se haga en la flor de su edad la compañera, la enfermera de un viejo; no, no lo consentiré.... á menos (y un rayo de luz atravesó mi imaginación), á menos que Juana no sea su hija....

Mil recuerdos vagos se amontonaron entonces en mi ardiente cabeza.

Recordé lo que Juana me había dicho en otro tiempo, asegurándome que no era hija de mis padres, y por consiguiente que no éramos hermanos. Pero ¿por qué me ocultaban aquel secreto de familia? Cualquiera que fuera, yo le acogería bien; pero si no existía, si Juana era mi hermana, haría valer mi autoridad y no permitiría que dispusiera de sí misma sin consultarme.

Y dejando la ventana, iba á bajar al salón, á riesgo de ofender á mi madre, cuando al llegar á

la escalera oí á Juana que decía á media voz en el vestíbulo:

— Sí, sí, padre mío, iremos. ... Abrazadla de mi parte.

Mi madre y Juana acompañaron á sir Ricardo por el jardín, y entre tanto pude subir á mi cuarto y acostarme.

Puesto que disimulaban conmigo, quise disimular también, fingiendo ignorar el secreto que no se dignaban revelarme.

Pero en lugar de dormir, me entregué á nuevas y aterradoras reflexiones. Había visto la partida de bautismo de Juana, en que constaba ser ésta hija de legítimo matrimonio de mis padres. Al llamar ahora padre á sir Ricardo, hacía pensar en una falta de mi madre, aceptada ó ignorada por su marido. ¡Una falta de aquella santa mujer, objeto de una veneración sin límites!

— No— exclamé incorporándome en el lecho y retorciéndome los brazos;— ¡eso es imposible!

Y sin embargo, ¡había tantos detalles que podían despertar sospechas! El inmenso cariño de mi madre por Juana, su emoción cuando por vez primera la hablé de sir Ricardo, la intimidad que reinaba de nuevo entre ellos, su correspondencia que no me permitían leer, y aquellas citas misteriosas....

No pude contenerme más, y volví á bajar al cuarto de mi madre, que se había acostado ya, pero que aun no estaba dormida. Caí de rodillas ante su lecho, que regué de lágrimas, y le dije:

—¡Estoy loco, desesperado! ¡Perdóname y dime que Juana no es tu hija!

—Por fin lo has adivinado— exclamó riendo y atrayendo hacia ella mi cabeza.

—Gracias, gracias— exclamé cubriendo sus manos de besos.—¡Si supieras cuanto bien me haces!

—Pues si creí que iba á darte un disgusto al hacerte saber que Juana no era hermana tuya. ¿De qué proviene tu alegría?

—¿Quieres saberlo?

—Creo que lo adivino. Sospechabas algo y no amabas á Juana como hermana.....

—Sí, madre mía, te juro que sí. No sabía ni sospechaba nada, y amaba á Juana tan santamente como te amo á tí.

—Entonces, no lo comprendo— dijo cándidamente mi madre.

No podía figurarse ni remotamente que yo había sospechado de ella. Me apresuré á evitar que cayese en esta suposición, hablándola de mis creencias sobre un proyectado matrimonio entre el señor

Brundel y Juana, el cual me parecía desigual y merecía mi desaprobación más completa.

—Precisamente esta noche— replicó mi madre—ha venido á rogarnos que asistiésemos á su matrimonio con Manuela. Yo he tenido que vencer algunas prevenciones; pero Juana, que no sabe nada de tu aventura y debe ignorarla siempre, está dispuesta á amar á la mujer de su padre.

—¿Su madre habrá muerto entonces?

—Murió en Burdeos pocos días después de haberla dado á luz.

—Y era quizá.....

—Fanny Ellingston.

—Marquesa de Mauville. Recuerdo que fuiste á rezar con Juana á su sepultura. ¿Por qué no me lo dijiste entonces? Creo que ya estaba en edad de guardar un secreto.

—Pues he tratado siempre, por el contrario, de impedir que sospechases la verdad.

—¿Por qué?

—Por que podías haberte enamorado de Juana, y el porvenir de ésta no me pertenecía.

—Sí, tienes razón como siempre..... nada más natural..... pero explícame su verdadera situación. ¿Puede reconocerla el señor Brundel? ¿No ha sido Juana inscrita como hija tuya y de mi padre? Sir

Ricardo no tiene ningún derecho sobre ella; ante la ley no es su padre.

—Lo mejor es que esperemos con calma el resultado de las reflexiones de sir Ricardo.

—Es que sir Ricardo puede comprometerte gravemente, pues no está permitido sustituir un niño por otro, como supongo que haríais poniendo á Juana en lugar de alguna hermana mía muerta al nacer. Si así ha sido, no quiero de ningún modo que sir Ricardo trate de hacer constar su paternidad perjudicándote á tí.

—¡Pobre sir Ricardo!—exclamó mi madre.— Bien veo que será muy difícil reconciliarte con él. En todos terrenos te pones en contra suya. De todos modos, te ruego que hasta que yo te avise no le molestes para nada.

—Bueno; pero dile de mi parte que le prohibo que te exponga á la más leve sospecha. Conozco la ley, y sé muy bien que, según ella, Juana nos pertenece. Yo seré su hermano y su protector contra todos, y desde ahora me opongo á que asista al matrimonio de Manuela.

—Vamos—dijo mi madre,—será preciso tranquilizarte para impedir un conflicto inútil. Hubiera preferido dejarte creyendo aún algún tiempo que entre Juana y tú existían obstáculos insupe-

rables, pero me obligas á decir la verdad. No quiero que creas que tu padre, instigado por mí, ha cometido una falta tan grave como la de faltar así á la ley. El acta de nacimiento que has visto, perteneciente á tu hermana Juana, es de una hermanita tuya que murió al nacer, y en cuanto á Juana, la hija de mi amiga Fanny Ellingston, fué llevada á los niños expósitos, de donde luego se la sacó para ponerla en ama. Tal era la voluntad de su madre, que no quería dejarla expuesta al justo resentimiento de su marido..... pero para que comprendas mejor por qué adopté yo á Juana, será preciso que te cuente la historia de Fanny Ellingston y de sir Ricardo Brundel.

—Sé su principio—reliqué—porque muchas veces te he oído hablar de ello con mi padre. Fanny Ellingston era una huérfana sin fortuna, pariente de la marquesa viuda de Mauville, que se educaba con sus hijas y contigo. El joven marqués de Mauville se enamoró de ella y se casó contra la voluntad de su madre, que hubiera deseado para él una unión más ventajosa.....

—Hasta aquí estás bien informado; pero ante todo quiero explicarte las razones que yo tuve para casarme con tu padre.